

Charalá

CAPITULO XVI

Andadas tres leguas de camino bueno, en parte llano y en parte por cerros pequeños, en dirección al sur del Socorro, llegamos al pueblo de Confines, llamado por los primeros pobladores *Culatas*, erigido en parroquia el año de 1773. En 1761, según Oviedo, en su obra inédita sobre curatos, era una capilla casi solitaria, administrada por el párroco de Oiba; hoy es una bonita villa, cabeza de distrito, con caserío de teja bien ordenado, y comprende en sus términos 4.000 habitantes laboriosos y activos. Desde este pueblo tuerce el camino al suroeste, trepando una serranía por donde suavemente se sube a la altura de 2.060 metros, por tierras cargadas de alegre vegetación, hasta la cumbre tajada en callejón. Llegados allí se da vista repentina a una gran cuenca rodeada de serranías y páramos, que mide 30 leguas cuadradas: es el cantón Charalá. Sucesivamente, y conforme se baja la rápida cuesta, se ven los pueblos de Ocamonte y Cíncelada en medio de masas de verdura, y en el centro del paisaje Charalá, sentada sobre alegres vegas en la confluencia de los ríos Pienta y Táquiza, y ostentando de frente su blanca iglesia, al extremo derecho de la plaza. "Son sus habitantes, dice Oviedo, agrestes, incultos, soberbios, inquietos y pendencieros; pelean con machetes y bordones, y se matan como brutos". Recordaba yo este sartal de calificativos, y se me hacía largo el fatigoso camino, deseando comparar los moradores de hoy con los de ahora ochenta y nueve años, tan zarandeados por el amable cronista. Llegamos por fin, y en la casa del cura, doctor Tello, encontramos franco y generoso recibimiento, con inapreciable auxilio de noticias procuradas y suministradas de muy buena voluntad.

En 1761 la iglesia de Charalá era "de maderos y tablazos, muy lóbrega e imperfecta y sin adorno alguno. Tenía el lugar 2.000 feligreses, que pagaban a su párroco dos reales cada año en hilo de algodón grueso, y quinientos pesos de primicias"¹. "La

¹ Oviedo, *Pensamientos y noticias escogidas*. Santafé, año de 1760. Obra inédita dedicada al virrey Messía de la Zerda. Fue cura de Charalá, donde le debió ir muy mal, según el enojo con que escribe, pues no desaprovechó

gente es pobre, añade el avinagrado historiador, y además inquieta y atrevida y montaraz, burda, tosca y palurda. El temperamento es sano y el país muy ameno, pero muy lluvioso, y su administración muy trabajosa. Produce muchísimo algodón y maíz y turmas, de que se proveen los lugares comarcanos, y muchas yucas, plátanos, auyamas y frutas varias; tiene montañas de diversas maderas y en particular cedros". En el día, Charalá tiene iglesia de mampostería, sólida y espaciosa, con lujoso altar y buenos ornamentos. La villa cuenta 4.000 vecinos y el distrito parroquial 10.100, blancos, vigorosos y bien conformados. Las casas del pueblo son por lo general húmedas y bajas, excepto unas pocas de balcón, nada elegantes por cierto. Cuéntanse algunas familias de representación, muy atentas y corteses, y bellas damas de amable y obsequioso trato: el resto es gente pobre y mal vestida, lo que unido a la mala disposición de las casas y calles, da al lugar el aspecto triste de un pueblo decadente, confirmado por el hecho, al parecer trivial, de verse animales pastando pacíficamente en la enyerbada plaza, señal de poco tráfico y menos policía, lo cual, comparado con el aseo y animación de Barichara y Zapatoca, forma un contraste desfavorable para Charalá. En ello influye mucho la situación del pueblo, rodeado de montañas escabrosas que dificultan toda comunicación y comercio; bien es verdad que para un vecindario activo no serían estos obstáculos insuperables, mayormente cuando la serranía del sur ofrece la posibilidad de abrir un buen camino para comerciar con Tundama, en vez de las dos malísimas vías actuales que al través de páramos y agrias cuestas van a Cerinza y Belén.

Las tierras del cantón son fértiles, abiertas y bien regadas, y el clima tan suave, que el máximo de calor no pasa de 25° del centígrado. Producense los mismos frutos que en tiempo de Oviedo, con la diferencia de que el ramo de algodones ha decaído, en términos de no cosecharse sino 3.200 cargas y ser hoy el cantón importador de este género, en vez de exportador, como antaño lo era. En compensación se han establecido 115 trapiches, que dan al año 18.400 cargas de panela, y comienzan a cultivar café de tan buena calidad, que puesto en los mercados del Magdalena obtendrían precios ventajosos. La falta de vías mercantiles mantiene paralizados estos gérmenes de riqueza, en tal ma-

vecha la menor coyuntura para zurrar a los socorranos, encarnizándose particularmente contra los de Charalá y Oiba.

nera que las hermosas vegas de los ríos vecinos permanecen incultas y casi abandonadas, y la agricultura se reduce a producir lo necesario para el consumo doméstico, salvo en el ramo de panelas, que es el único objeto de comercio con los cantones limítrofes. Con todo esto, como la población ha crecido considerablemente por la grande abundancia de mantenimientos, se han descuajado los bosques lo bastante para disminuir el continuo llover de que habla el manuscrito arriba citado, alternando ahora las lluvias y el verano que se comparten el año, sin perjuicio de las labranzas ni de la salud de los habitantes.

La iglesia cristiana, con la previsión que la distingue, ha ennoblecido la agricultura, personificándola en san Isidro labrador, cuya fiesta celebra en la época en que los cultivadores empiezan a recoger el fruto de su perseverante trabajo. Amaneció este día en Charalá, y desde temprano comenzaron a congregarse en la plaza las gentes del campo, con los trajes limpios y sencillos que sus propias familias tejen y arreglan. Las campanas anunciaban infatigables las próximas ceremonias del culto, y a su llamada concurrían sucesivamente grupos de señoras vestidas de saya y mantellinas negras, a usanza española; las mujeres pobres de la villa con enaguas de zaraza o bayeta, mantellina tosca y el indispensable sombrero de palma, y las campesinas con menos aliño pero mejor continente que sus rivales, luciendo los amplios sombreros de trenza peculiares de los socorranos. Llena la iglesia y principiada la función, se posesionó del altozano un respetable labriego de gruesa persona, ruana nueva y pañuelo de colores vivos, atado negligentemente a la cabeza para mayor autoridad, acompañado de seis u ocho gañanes bien musculados, mostrando con orgullo sobre el brazo izquierdo haces de cohetes regalados al santo por el espléndido personaje de la ruana nueva. Era de ver la ansiosa solicitud con que, soplando un tizón, esperaban que el sacristán les hiciera desde adentro la señal de disparar; momento supremo que al fin llegó, estallando los cohetes con el desorden conveniente, distribuidos con largueza y profunda satisfacción por el jefe de la cuadrilla. De allí a poco el vuelo de las campanas y la salida de las gentes anunciaron la procesión. La cruz y los ciriales asomaron primeramente indicando la carrera alrededor de la plaza. Siguiéronse unas andas vistosamente cargadas de frutas y flores, rodeadas de cañas de maíz con sus mazorcas y espigas en pleno desarrollo, y llevadas en hombros por seis agricultores atléticos,

vestidos de blanco lienzo de algodón. Detrás de ellas, a corta distancia, venía la estatuita de san Isidro en actitud de arar la tierra, dirigiendo el arado de que tiraban dos cuadrúpedos con cuernos, piadosamente reputados y tenidos sin contradicción por bueyes, y ataviado con camisa y calzón de lienzo y su correspondiente sombrero de paja, semejante a los usados en el país. Acompañaban al santo el cura y tres o cuatro músicos entonando los cánticos del caso, cerrando la marcha un denso pelotón de campesinos, descubiertas las cabezas, y los bronceados rostros llenos de seriedad y veneración hacia el labrador beatificado. En el centro de la plaza estaban otros grupos de agricultores cuidando los bultos de comestibles que habían de expendirse en el mercado, cual si hubieran querido presentar al santo un testimonio de la fidelidad con que habían seguido su ejemplo para sacar del seno de la tierra la modesta riqueza que encerraban los sacos y mochilas recién descargados. Las procesiones son entre nosotros farsas grotescas y aun idolátricas que el cristiano pensador quisiera ver suprimidas por honor de la religión, tan ridiculizada con esas representaciones materiales y frecuentemente absurdas, dignas del semipaganismo de la edad media; pero confieso que la de san Isidro labrador tiene para mí cierta significación social que la distingue y legitima: es, como si dijéramos, la apoteosis de la agricultura, la santificación del trabajo productivo, y una lección práctica que da la Iglesia de la honra que merecen las tareas civilizadoras de los que se consagran al cultivo de la tierra. En cuanto a éstos, miran a san Isidro como a uno de los suyos, y al tributarle culto, más bien parece que enaltecen su propio oficio y le cobran amor, y se envanecen de tenerlo; de forma que resultan ventajas efectivas para la sociedad, cuyos cardinales intereses, tanto morales como materiales, pueden decirse vinculados en el gremio de agricultores, particularmente en los pueblos nacientes.

Esta fiesta fue una oportunidad que se me presentó para reparar si los moradores merecían todavía los calificativos del tiempo de Oviedo, y me convencí de que si este escritor hubiera vivido y escrito en la época presente, habría juzgado de otra manera los hombres y las cosas. Frecuentemente me ha sucedido tener que comparar lo que los escritores particulares y documentos oficiales del siglo último dicen de la Nueva Granada, con lo que es hoy el país, y cada vez encuentro motivos de congratulación; pues no sólo en el número de habitantes y en la suma de riqueza general hay adelantos lisonjeros y rápidos, sino en la

cultura y civilidad de las gentes y en el desarrollo del carácter varonil y honrado que van desplegando los habitantes del campo, resultado del diferente modo con que se les trata desde la abolición del depresivo régimen colonial. Los nativos de Charalá son de ingenio vivo y despejado, modales abiertos y genio social. De allí han salido varios hombres prominentes en la política y en las ciencias puestas a su alcance por nuestro rutinario sistema de instrucción pública. Hoy se atiende con solicitud a la enseñanza primaria, sosteniéndose en la villa una escuela gratuita con 70 niños y cuatro escuelas privadas en donde se educan 40 niñas. Crímenes no se cometen, pues no merecen este nombre algunas riñas sin consecuencias graves y tal cual hurto miserable.

Ha desaparecido totalmente la raza indígena pura, absorbida por la blanca, quedando en el campo pocas familias de sangre mezclada en que todavía se descubren algunos rasgos del indio. Los primitivos habitantes, belicosos y determinados, no debieron ser de mezquina estatura, como los que moraban en lo alto de los Andes, pues los huesos encontrados en cuevas recientemente descubiertas cerca de Coromoro son de proporciones aventajadas: los cráneos altos y las curiosas vasijas de barro cocido que suelen hallarse en estos antiguos osarios manifiestan la inteligencia y laboriosidad de los aborígenes, de cuyas costumbres y régimen civil no han dejado noticias particulares los cronistas de la conquista ¹.

¹ "Apuntamientos de los hechos ocurridos el 4 de agosto de 1819 en Charalá".— "Por los datos que tuvo la bondad de suministrar el señor Ramón Santos, que en dicho tiempo ejercía las funciones de alcalde ordinario en esta villa, y por los que dieron los señores Ildefonso Hurtado, Agustín Erillo, Nicolás Chacón y otros, que están de acuerdo con el primero, resulta: que es sumamente inexacto que las fuerzas que tomaron a Charalá el 4 de agosto de 1819 fueran los restos del ejército de Barreiro, vencidos en Boyacá el 7 de agosto del mismo año, por las fuerzas colombianas que combatieron en aquel campo a las órdenes del general Libertador. Obsérvese que habiendo sido posterior la derrota o pérdida de Barreiro a los asesinatos o saqueos de Charalá, no pudo suceder que los vencidos derrotados pudieran invadir este mismo pueblo, cuando ellos no fueron vencidos en Boyacá sino tres días después; luego es indudable que los invasores no fueron los derrotados.

"De las mismas tradiciones o datos aparece: que el general Lucas González, gobernador de la provincia del Socorro, por el gobierno español, tuvo noticia de que habiendo vencido las fuerzas del Libertador a las de los españoles, en los Llanos de Casanare, este ilustre y distinguido caudillo de la libertad americana marchaba para Bogotá en busca de las otras fuerzas que quedaban por combatir, de las de los enemigos situados en estas provincias.

"González resolvió por su parte levantar un ejército en esta provincia, y con poco menos de 300 hombres que alcanzó a reunir, anduvo ambulante

Contiene el cantón 26.500 habitantes consagrados al cultivo de la tierra y a la fabricación de lienzos, sobrecamas, hamacas, bayetas y mantas de varias pintas finamente labradas. Sábese la existencia de minas de excelente cobre en el distrito de Coromoro, de plomo y galena (alcohol) en varios puntos, y de sal gema en el cerro de Menempa. Indudablemente las hay también de carbón, hierro y azufre, según se infiere de la naturaleza del terreno y de algunas muestras que aparecen con frecuencia en

recorriendo la provincia, hasta que habiendo recibido orden del virrey, se puso en marcha para Bogotá en auxilio de Barreiro. Entretanto el coronel Antonio Morales (hoy general) había llegado a este pueblo, como comisionado por el Libertador para formar y disciplinar cuerpos militares, que ayudaban a las expediciones que se preparaban.

“Estando situado en Oiba el general español González, en su marcha para Boyacá, supo la llegada y estación que había hecho el señor Morales en este pueblo, el pronunciamiento de sus vecinos contra la dominación española y las fuerzas que se preparaban por él; motivos que sin duda le obligaron a abandonar el camino que llevaba para Boyacá, prefiriendo cortar las maquinaciones del señor Morales y pacificar a los habitantes de Charalá, con un degüello de 200 a 300 personas, y un saqueo de tres días, cuyo término fue lo bastante para que los avarientos soldados no dejaran estaca en pared, como se dice. Esta terrible y espantosa catástrofe dio origen a la pobreza que es causa del atraso en que este pueblo se encuentra. Charalá con sus riquezas primitivas, con sus hombres nobles, sería hoy uno de los pueblos más distinguidos de la Nueva Granada, no dejando, a pesar de sus desgracias, de ser de los primeros de la provincia.

“Talvez puede dar curiosidad de saber por qué no hizo tentativa de defensa Charalá para evitar la entrada de las fuerzas de González, y las tristes consecuencias que se siguieron, y de los mismos informes se viene en conocimiento: que no faltó patriotismo ni valor a los habitantes de aquel tiempo; y que al efecto más de 2.000 hombres estaban dispuestos para hacer la defensa de su pueblo, aunque a la verdad sin ninguna pericia militar y mal armados, pero resueltos a morir defendiéndose aunque fuera a piedra, palo o pescozones. Este sentimiento era tanto más entusiasta en los vecinos, cuanto que estaban encabezados por un jefe de confianza, cual era el señor coronel Morales; pero a este jefe, según se asegura, le faltaron el valor y el patriotismo; le faltó valor, porque se intimidó a la vista de las fuerzas de González, que a la verdad se componían de hombres disciplinados y armados, mientras que los charaleños, aunque numerosos y resueltos, estaban mal armados; pero no les faltaban cerca de cien fusiles y una guerrilla algo disciplinada, varias lanzas, palos y otros instrumentos que su entusiasmo les había hecho inventar, aparte de la fuerte e inexpugnable defensa de sus rios y trincheras que habían construído, sin más puntos de entrada que sus puentes, y cuyos puntos se han podido defender muy bien, con un pequeño número de hombres, como se verificó en 1841, que la guardia que custodiaba el puente del río Pienta fue lo bastante para rechazar y derrotar más de 100 hombres, que de orden del gobierno, y encabezados por el finado señor José María Tavera, venían a destruir la guerrilla que capitaneaba el antiguo guerrillero señor Miguel Dulcey. Le faltó patriotismo, porque, dicen, prefirió salvar a su querida, dejando en tanto peligro la salvación de un pueblo, que pocos momentos después de su fuga, y de haber sacrificado unos pocos valientes, que sin orden ni auxilio de su jefe atacaban denodadamente, impidiendo el paso de las fuerzas de González, fue destrozado inicuaamente. Tal fue la ferocidad de sus voraces enemigos, que se asegura con verdad que en el mismo templo fueron degolladas varias

la superficie; riquezas perdidas para la industria, que duerme todavía por falta de caminos merecedores de este nombre, y porque aún no ha penetrado en Charalá el espíritu de empresa que asoma ya en otros puntos de la provincia. Ocamonte, Cincelada, Riachuelo, Coromoro y Encino, cabezas de distrito en este cantón, no presentan materia para descripciones especiales: son pueblos nacientes, enclavados entre cerros, privados de comercio, salvo las pequeñas ferias dominicales en que se hacen cambios insignificantes, pues cada lugar produce lo que necesita para satisfacer sus poco numerosas necesidades.

personas, entre otras, la bella y virtuosa joven Elena Santos, a quien después de su muerte estupró un soldado.

"En fin, Charalá ha sido teatro no solamente de los desastres de la guerra de la independencia, sino que también lo ha sido de lastimosas escenas de la guerra civil. En la pasada lucha del año 40, que los pueblos sostuvieron contra la dominación de los doce años, Charalá se vio comprometida, y muchos de sus hijos sostuvieron guerrillas contra las fuerzas de los dominantes del país, a costa de los pudientes y de los sacrificios de los pobres, que expusieron sus vidas valerosamente, antes que consentir que una nueva tiranía los dominara; pero al fin, perdida toda esperanza y recursos, le pareció prudente al cabecilla Miguel Dulcey hacer una honrosa retirada y disolver su gente, habiéndole el general Mosquera dado algún auxilio y ofrecido garantías. Así se terminó una lucha de partidos, que acabó de arruinar a este pueblo".

